Stéfano

Armando Discépolo

En esta obra, estrenada en 1928 y subtitulada "Grotesco en un acto y un epílogo", Stéfano, músico de orquesta y aspirante a compositor, ve cómo su sueño de componer una gran ópera no es más que eso, un sueño. A su alrededor, la familia escenifica el fracaso del inmigrante y la frustración de la utopía de quienes vinieron a "hacer la América" al enfrentarse con la realidad argentina.

(*Stéfano habita una vieja casa de barrio pobre. Es de tres piezas la casa; dos dan a la calle; la otra es de madera y cinc y recuadra, con la cocina incómoda, un pequeño patio lleno de viento. La sala que vemos es comedor, cuarto de estar y de trabajo, de noche dormitorio y cuando llueve tendedero. (...) La acción empieza a las veintiuna, en verano. Aparece María Rosa sentada en una silla baja ante la ventana de la derecha. Es magra, enhiesta*, de mentón agudo, nariz corva, boca blanda. Arrugas como trazadas por cincel surcan el cutis de su cara. Sus ojos pequeños, negros, vivaces contradicen lo melifluo de su voz. El cabello es ralo, gris, sucio. Viste de oscuro con mangas y falda largas; calza viejas botas de Stéfano, orejudas. Sus manos flacas, duras, fuertes, inquietas. Usa complicados pendientes de oro. Cuando anda simula sufrir y al quejarse, con un rictus* igual, no emociona. Queda inmóvil largo tiempo mirando hacia la calle, que no ve. Oye llegar a Don Alfonso y se lamenta como si estuviese sola*).

(...)

M. ROSA.— Hijo chico; dolore chico; hijo grande, dolore grande.

ALFONSO (*Asiente*).— Ah. En cada hijo crece un ingrato. Lo pide todo e cuando lo tiene... lo tira. (*Stéfano es alto, fornido, pero está en plena decadencia física. Agacha ya los hombros y carga el andar en las rodillas. Tiene las mejillas flácidas y el cuello flaco, con magrura de sufrimiento; la frente amplia deprimida en las sienes. Al echar hacia atrás los cabellos ondulados que le blanquean, su ademán asegura que los tuvo abundantes. La "embocadura" del trombón le ha deformado el centro de su labio de bigotes castaños. Sus manos son amables, elegantes, virtuosas. Usa un anillo de piedra oscura en el anular izquierdo. Serio, parece que llorara y, al sonreír —que sonríe fácilmente, hasta cuando va a llorar—, sus ojos de párpados pesados se agrandan expresivos, socarrones. No es débil y se le ve qué control lo domina al soportar una injusticia o una desgracia. Apasionado, es desmedido y en la ira debe ser feroz. En la soledad decae con tristeza aplastante. Viste saco negro, cruzado; pantalón de fantasía sobre el botín de elástico; cuello bajo duro o palomita y corbata hecha, con alfiler. Su galera no tiene sitio constante. Al entrar la trae sobre una oreja. Debe haber caminado mucho, solo, ajeno a todo. Va a volverse, pero su mesa iluminada le sorprende. Mira con fastidio hacia la izquierda. Se acerca a los papeles y los observa con disgusto creciente*).

STÉFANO (*Amenaza darles un manotazo*).— Basura. (*Se aparta echándose el sombrero sobre la otra oreja. Ve a los viejos que se inquietan en el rincón oscuro*). ¿Quién se ha muerto?... Parece que estuvieran oyendo una marcha fúnebre... (*Solfea* la 3.ª de Beethoven*). ¿Qué tienen?

M. ROSA.— Niente, figlio*.

STÉFANO.— ¿Acaso Margherita...?

M. ROSA.— No, no. Estamos así... triste.

STÉFANO.— ¿Tristes?... Menos mal, mamma. Si estuvieran alegres, yo... me alegraría, pero no puede ser: estamos en tono menor e hay que tocar lo que está escrito. (*Enciende la araña*). Yo también estoy triste. Triste com'una ostra. ¿Han visto la ostra pegada al nácar?... ¡Qué pregunta!... (*Sonríe*). Sí, l'han visto. Hemo nacido a un sitio... (*Con fervor*). ¡Ah, Nápoli lontano nel tiempo!... A un sitio que con solo tirarse al mar desde las piedras se sale con ostra fresca e la piel brillante. ¡Qué delicia!... Al alba... con el calor de la cama todavía... Todo cantaba en torno; todo era esperanza.

M. ROSA.— Ah.

STÉFANO (*Vuelve a ella*).— Sí, e triste mirar atrás. Por eso que mirar adelante incanta. (*Sonríe, y luego un disgusto escondido lo pone feo. Don Alfonso, que gruñe, le hace reaccionar*). Como la ostra pegada al nácar. Cosa inexplicable la tristeza de la ostra. Tiene l'aurora adentro, y el mar, y el cielo, y está triste... como una ostra. Misterio, papá; misterio. No sabemo nada. Uh... quién sabe qué canto canta que no le oímo... la ostra. A lo mejor es un talento su silencio. Todo lo que pasa en torno no l'interesa. L'alegría, el dolor, la fiesta, el yanto*, lo gritos, la música ajena, no la inquietan. Se *caya*, solitaria. La preocupa solamente lo que piensa, lo que tiene adentro, su ritmo. ¡Quí fuera ostra!

ALFONSO.— Tú sei un frigorífico pe mé.
STÉFANO.— Jeroglífico, papá.
ALFONSO.— Tú m'antiéndese.
STÉFANO (*Apesadumbrado*).— E usté no.
ALFONSO.— Yo no t'ho comprendido nunca.
STÉFANO.— Y es mi padre. Ma no somo culpable ninguno de los dos. No haya la creación otro ser que se entienda meno co su semejante qu'el hombre.

(...)

ALFONSO.— Por eso estamo así.
M. ROSA.— Alfonso...
STÉFANO.— ¿Cómo?
ALFONSO.— ¡E pregunta! ¡A la opulencia* estamo!
M. ROSA.— St. Cayate. Va a sentir Margherita. (*Cierra la puerta de izquierda*).
STÉFANO.— ¿Qué? ¿Falta el pane aquí? ¿Ha faltado alguna vez el pane? (*Tiembla*). Esto e lo único que no le permito a nadie! ¡Ne a usté! ¡Me he deshecho la vita para ganarlo! ¡Estoy así porque he traído pan a esta mesa día a día; e esta mesa ha tenido pan porque yo estoy así!
M. ROSA.— ¿Pe qué no déjano esta discusiones iñútile?
ALFONSO (*Con su cabeza trémula*).— La vita no e solo pane. Nosotro no lo precesábamo; lo teníamo ayá. La vita no e solo pane; la vita e tambiene pache e contento...

(...)

MARGARITA (*Suspira, se inquieta, se pasa la punta de los dedos por la cara. Una vez, dos, tres. Está deseando llorar*).— Pobres de nosotros... pobres.
STÉFANO (*Al fin*).— No. No crea. El premio viene siempre. Uno nace, empieza a sufrir, se hace grande, entra a la pelea, y lucha y sufre, y sufre y lucha, y lucha y sufre, pero yega un día que uno... se muere.

(...)

STÉFANO.— ¡Yo te he querido más que a todo en el mundo, má que a la música, má que al arte!
MARGARITA (*Deja colgar sus brazos*).— Pero, ahora...
STÉFANO.— Nunca como ahora. Porque sos la madre de mis hijos y porque te ha quedado sola en mi corazón. ¡Te debo tanto!... Te debo todo lo que te he prometido cuando creía yegar a ser un rey y te ofrecí una corona de oro mientras te apretaba esta, de espinas, que te yena de sangre. Mire esta mano que yo soñaba cubrire de briyante... (*Se la besa con fervor*). Con olor a alcahucile. ¡Perdóname, Margarita!... ¡Tú debías haberme engañado como al último hombre devolviendo este engaño tremendo con que te he atado a mi vita oscura e miserable!
MARGARITA.— Algo ha ocurrido. Me vas a dar una mala noticia. Lo sospechaba.
STÉFANO (*Apretándola*).— Quedate así... Margherita... hace quince día que he perdido el puesto a la orquestra.
MARGARITA (*Desenlazándose*).— ¿El puesto?... ¿El puesto en la orquesta?... ¿Ya no tenés el puesto?... ¿Después de diez años?... (*Se vuelve*). Te peleaste.
STÉFANO.— No.
MARGARITA.— Sí, te peleaste. Te conozco. Peleaste con alguien, y te echaron. Te has enfurecido, con ese orguyo que no podés contener y que nos ha arruinado, y te echaron.
STÉFANO (*Grita*).— ¡No! ¡Te digo que no! (*Reaccionando*). Te digo que no. Me hicieron la camorra*. Nunca he tenido má paciencia que en este último mes, aunque nunca tampoco he visto e oído tanta indiñitá* artística e morale pero no sé por qué presentía un desmoronamiento e como uno de tantos ho agachado el lomo, como uno de tantos... ¡No! La camorra, la traición. ¿Sabe quién me ha sacado el puesto? Pastore.
MARGARITA.— ¿Tu discípulo?
STÉFANO.— Mi discípulo. Esa mula.
MARGARLTA.— Pero... ¡Es increíble!... ¡Es increíble!... Te lo debe todo... Te lo debe todo...
STÉFANO.— Por eso. Estaba en cuatro pata, yo le puse a la vertical e la última patada me correspondía.
MARGARITA.— ¡Qué traidor! Y sigue viniendo y te trae instrumentaciones, trabajo...
STÉFANO.— Güeso para que me distraiga. Eso é lo incomprensible: venir a gozarse... Parece mentira que un hombre sea per que...
MARGARITA.— ¿Cuándo lo supiste?
STÉFANO.— Hace tres días. Me lo dijo Vaccaro, el corno.
MARGARITA.— ¿Y te vas a quedar así?
STÉFANO.— Muy triste. Este espectáculo de la perversidá humana me yena de tristeza, Margherita.
MARGARITA.— ¿No le vas a romper la cara?

---

*

enhiesta. Derecha, erguida.
rictus. Gesto del rostro que expresa un estado de ánimo doloroso.
solfear. Cantar pronunciando los nombres de las notas y marcando el compás de una composición musical.
figlio. Hijo, en italiano.
yanto. Con el fin de imitar el habla de los personajes, en la obra se transgreden algunas normas ortográficas: aquí, por ejemplo, se emplea *y* en lugar de *ll*.
opulencia. Abundancia, riqueza.
camorra. En este caso, bronca, pelea.
indiñitá. Indignidad. Escrito así para imitar el habla de los personajes.

STÉFANO.— Sí, ahora lo busco… Sí, a esta altura de la vida voy a empezar a vengarme. Si hubiera tenido que romperle la cara a todos los que me traicionaron… sería Dempsey*. Dejalo. Debe sufrir como un perro.

MARGARITA (*Sarcástica*).— ¡Él!

STÉFANO.— Yo soy fuerte todavía, alto, diño… Puedo mirar con desprecio.

MARGARITA.— Vos te vas a morir mordiéndote los puños.

STÉFANO.— Creo que sí. Lo tengo descontado.

MARGARITA.— Nosotros somos los fuertes, que cargamos con tu dignidá sin pecado ni gloria. Te has ido acostumbrando a que, bien o mal, nosotros soportemos la carga de tu conciencia. ¿A qué nos ha llevado tu altura? Es vergonzoso que un músico como vos, primer premio del conservatorio de Nápoles, dependa de un puesto de mala muerte.

STÉFANO.— No se han terminado las orquestras en Buenos Aires.

MARGARITA.— No lo vas a conseguir.

STÉFANO.— ¿Por qué?

MARGARITA.— Porque vos no conseguís nada; porque vos no has conseguido nunca nada; porque vos lo único que has hecho es confiar en todos los que te hunden y perdonar a todos menos a los que te quieren; porque sos siempre el último; porque pudiendo ser el primero sos siempre el último. ¡Con lo que sabés!… Otro son ricos, famosos, con la mitá de lo que sabés. Es tu falta de carácter y modestia mal entendida lo que nos tiene así.

STÉFANO (*Él tampoco lo sabe*).— Ma… ¿soy orgulloso o soy modesto?

MARGARITA.— Tener que vivir aquí… (*Anda desalentada en derredor de la mesa*) hundida en la grasa, en esta casucha triste; apretados, amontonados, teniendo que pedir prestado el aire cuando hace calor y robándonos las frazadas cuando hace frío. Con ese pobre hijo viviendo en el altillo y trabajando como un esclavo, en vez de cultivarse… que él sí está lleno de ideas. Lo estás malogrando a tu hijo. A todos nos has malogrado. No me cumpliste nada. Yo no me casé para esto. Ni una página has hecho. ¡En veinte años! ¡Ah, no!… ¡Yo no lo merecía esto!… No digo brillantes… no me importaban… pero otra vida, otro ambiente, otro destino… otro destino. (…) ¡Me engañaste!

STÉFANO.— E verdá. E la cruda verdá que me punza el cuore. (*Se le ven las palmas de las manos*). Estoy frente a la realidá. Quiero e no puedo. ¿Por qué? Dío lo sá*. Sé tanta música como… Puccini*; conozco la orquestra… cómo Strauss*; tengo el arte aquí… (*Las yemas de los dedos*) y aquí… e no puedo. La fama está en una página, ma… hay que escribirla. ¡Tormento mío! (*Se cubre la cara*).

(…)

PASTORE (*Es pequeño, cabezón, de ojos azules, inexpresivos, muy separados. Viste como Stéfano, o de marrón o gris oscuro, de mal corte. Botín de color de caña chillona. Usa el cabello a lo Humberto y el bigote a la americana. Tiene la boca chica y al hablar, con su voz tierna y sin altos, no se le mueve la "embocadura" No sabe llorar; cuando el dolor lo hiere se pone estúpido. No sabe reír; cuando se alegra hace pucheros. Anda cautelosamente, con miedo de pisar y de ser ruidoso, y al sentarse o detenerse está cómodo porque… no se movería. Si alguien se enoja o levanta la voz, desea irse. Difícilmente mira a los ojos. Es un tímido y parece un traidor. En una funda de felpa negra o verde trae un trombón y un rollo de papeles de música. Aparece con la mano en el ala de la galera*).— Permiso, maestro. (*Stéfano mira por sobre sus vidrios*). Yo.

STÉFANO (*Iluminándolo con su lámpara*).— Pastore… (*La mueca de dureza. Sonríe*).

PASTORE.— ¿Cómo está, maestro?

STÉFANO.— Bien. Muy bien. Entra nomás. No te esperaba tan pronto.

(…)

STÉFANO.— (…) Sentate. Está bien. (*Sonríe mirándole mientras limpia sus lentes*). L'amico Pastore. (*Anda por foro detrás de Pastore, inquieto*). Sentate. ¿Qué tiene? ¿Hormigas? (*Cierra la puerta de izquierda*).

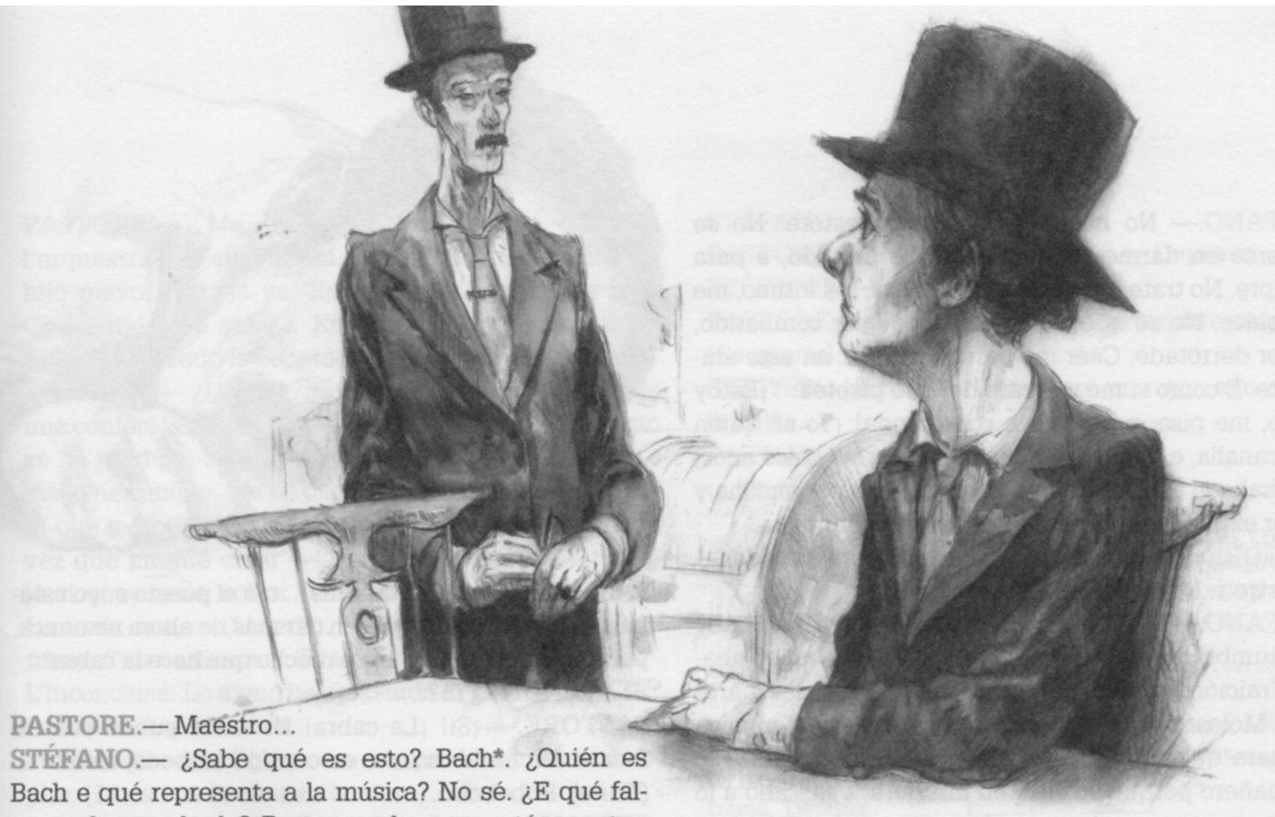
PASTORE.—No, maestro… hace calor.

(…)

STÉFANO.— Yiá… por lo general en verano hace calor. Sí, estamo de acuerdo. Acorde perfetto. (*Sopla*). Estoy yeno de música ajena, de mala música ajena… de spantévole* música ajena robada a todo lo que muriérono a la miseria… por buscarse a sí mismo. Yeno. ¡Yeno! ¡Maledetasía Euterpe* y… (*Encarándolo*). ¿Sabe quién era Euterpe? Perdón… es una pregunta difíchile que no merece. Se lo voy a explicar, como le he explicado tanta cosa que le han servido más que a mí. Euterpe es la musa de la música. Las musas son nueve… ¿qué digo: son? Eran. ¡Han muerto las nueve despedazada por la canalia! Bah. M'equivoco. Esto no son conocimiento que sirvan para hacer carrera. Para hacer carrera basta con una buena cabeza que se agache, un buen cogote que calce una linda pechera y tirar… tirar pisoteando al que se ponga entre las patas… ¡aunque sea el propio padre! ¿Eh?… ¿Qué te parece la teoría, Pastore? La teoría e la práttica. (*Arrebata un cuaderno de sobre su mesa*). ¡Solfeame esto a primera vista! (*Le oculta el título*). ¡Vamo!

PASTORE.— Maestro…

STÉFANO.— Solfear a primera vista é l'añañosia* de un ejecutante de orquestra. Usté no puede porque es impermeable al solfeo. Solfea. Sentate. Solfea.



PASTORE.— Maestro…
STÉFANO.— ¿Sabe qué es esto? Bach*. ¿Quién es Bach e qué representa a la música? No sé. ¿E qué falta me hace saberlo? Basta que lo sepa usté maestro, para poder maldecir noche e día contra l'iñorancia e la vigliaquería*. Aquí no se trata de saber, se trata de tener maestro. No se trata de cultivarse con la esperanza de bajar del árbol sin pelo a la rodiya y a lo codo, con un pálpito de amore o una idea de armonía, al contrario, maestro, se trata de aprender en la cueva una nueva yinnástica que facilite el asalto y la posesione, porque en esta manada humana está arriba quien puede estar arriba sin pensar en el dolor de los que ha aplastado. ¿Usté qué sabe? Nada. ¿Sabe que Beethoven* agonizó a una cama yena de bichos?… No le interesa. Lo único que le interesa de Beethoven e que cuando se toca alguna sinfonía la llamen y le paguen. ¿Sabe quién es el papá de la música?… No es el empresario que paga a fin de mes; no: e Mozart, ¿Qué era Mozart?* ¿Alemán o polaco?
PASTORE (*Pestañeando*).— Polaco.
STÉFANO.— No.
PASTORE.— Es verdad: alemán.
STÉFANO.— Tampoco… Austríaco, inocente.
(…)
PASTORE.— Maestro… ¿por qué hace esto conmigo?… No me lo podré olvidar nunca este pasaje. M'está haciendo doler el ánima*, maestro. Usté no sabe, usté iñora… ¡No! Mi deber es irme. Está bien. Soy un vile.
STÉFANO.— ¿Qué iñoro?
PASTORE.— El puesto suyo a la orquesta.
STÉFANO.— ¡Ah, se entendíamo!… No es tan estúpido como parece. ¡Me lo ha robado lo puesto!
PASTORE.— No.
STÉFANO.— Se ha juntado con la camorra y me lo ha robado.
PASTORE.— No, maestro; no. ¿Cómo explicarle?… Lo he achetado despué de saber que no se lo iban a dar má, e de pensarlo día e día, e de pedir parecere e consejo a sus amigo.
STÉFANO.— No tengo amigo. ¿E por qué no vino a aconsejarse aquí? Era su obligación de hombre decente.
PASTORE.— Sí… ma, ¿cómo se hace eso?… o ¿cómo s'empieza una conversación de tale especie con usté, maestro?… Es que usté no sabe qué hay abajo.
STÉFANO.— ¿Qué va a haber? Envidia.
PASTORE.— No, maestro, no.



Dempsey, Jack. (1895-1983). Boxeador estadounidense a quien el argentino Luis Ángel Firpo casi le arrebata el título mundial de todos los pesos en 1923.
Dio lo sá. **Dios lo sabe.**
Puccini, Giacomo. (1858-1924). Compositor de ópera de origen italiano.
Strauss, Johann. (1825-1899). Compositor de origen austríaco.
spantévole. **Espantosa.**
Euterpe. En la mitología griega, es la musa de la música.
añañosia. **Lo más fácil.**
Bach, Johann Sebastian. (1685-1750). Músico y compositor alemán del período barroco.
vigliaquería. Cobardía.
Beethoven, Ludwing van. (1770-1827). Compositor, director de orquesta y pianista alemán.
Mozart, Wolfgang Amadeus. (1756-1791). Compositor y pianista austríaco.
ánima. Alma.

STÉFANO.— No haga el pobrecito, Pastore. No se esfuerce en darme lástima. Te la he perdido, e para siempre. No trate de justificarse. Si a mí, nel íntimo, me complace. No sé qué sabor pruebo de ser combatido, de ser derrotado. Caer me parece triunfar en este ambiente. E como si me vengara del que pisotea: "¡Estoy abajo, me pisa, pero no me comprende! ¡Yo sé quién sos, canalia, e tú no!"… Si no fuera por esto chico míos, me tiraba al suelo para que pasaran todo por encima y poder expirar sonriendo a la vigliaquería humana.

PASTORE (*Es un muñeco ridículo, está llorado*).— Maestro… Maestro… ¡Cómo me duele!

STÉFANO.— No ponga esa cara de cretino. Estoy acostumbrado a anidar cuervos. ¿Qué va haber abajo? Traición, envidia, repudio. Sobro en todas parte yo… Molesto en todas parte. Sé demasiada música yo, para que me quieran los músico. Incomodo a lo compañero porque se sienten inferiore, e fastidio a lo direttore porque saben que les conozco la audacia e no m'engañan con posturas. Molesto porque soy un espejo que refleja siempre la figura fiel de quien se mira. Yo comprendo; es terrible tener que confesarse: "Yo soy capaz de esta porquería e Fulano no. ¿Cuándo reventará Fulano?" y se explica el codazo y el empujone. Lo que no m'explico es que un pajarraco como tú pueda picotear tan arriba; lo que me duele es haberte enseñado un arte. A te. Debí despreciarte aquel día que yegaste a este cuarto con lo clavo de lo botine y esta misma cabeza de cepiyo, pero la lástima… Bah… Andate, Pastore. Yevate esta otra partitura que me traes para endulzarme la píldora avelenada* y este instrumento que ejercítase. Va. E siga así, atropeyando. Tú terminas tocando la corneta al soterráneo. Andá tranquilo. Ya me ha pagado. No sufra mucho. Tengo un cajón yeno de plata como la tuya. Va.

PASTORE.— No.

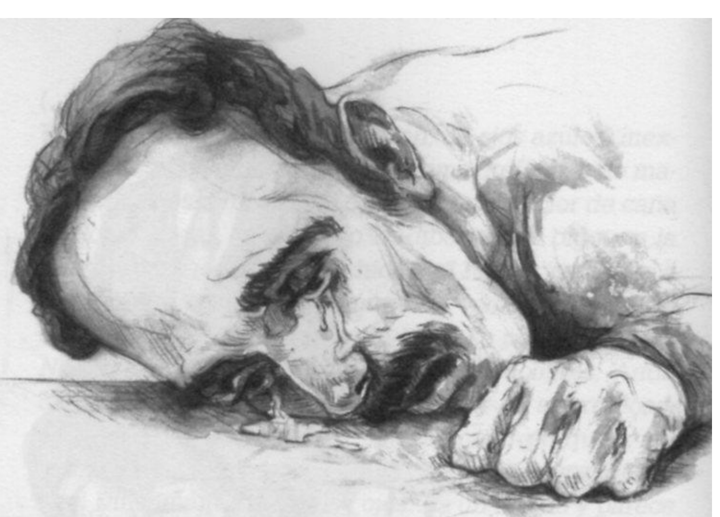
STÉFANO.— Pastore… salí. Hacía mucho que no tenía de frente a un enemigo. Tengo miedo que pierda la embocadura con que da de comer a tus hijo. Tiene cuatro, ya sé. Tre mujere y un varón. Una e muda y el varón el año pasado se tragó un cobre de do centavo; me lo contaste todo… pero andate. Ponete esta galera generosa que te hace creer que tiene cabeza. (*Se la pone ruidosamente*). Va.

PASTORE.— No.

STÉFANO.— Pastore… (*Le manosea las solapas*). Me suben ciertos impulsos…

PASTORE.— Maestro… osté e lo peor que pueda ser un hombre: injusto e ingrato.

STÉFANO.— ¿Yo? ¡Iñorantestúpido! ¡Te he dado el pan de tus hijo… tú me robaste el de los míos e todavía!



PASTORE.— Puede pegarme… ma el puesto suyo estaba vacante. No se lo quieren dar más ne ahora ne nunca, porque usté, maestro, hace mucho que hace la cabra*.

STÉFANO.— ¿Yo?…

PASTORE.— ¡Sí! ¡La cabra! No se le puede sentire tocare. No emboca una, en cuando emboca, trema*… (*Imita*). Bobobobo.

STÉFANO.— ¿Yo?… (*Está inmóvil, de pie, alto*).

PASTORE.— Esto é lo que me ahogaba e no quería decirle per respeto e consideracione, maestro… Sus propios amigo, la flauta, la viola e il contrabasso, me aconsejárono que achetase. Igual le daban el puesto a otro que lo necesitara meno que yo… yeno de obligacione. E no es de ahora la cuestión; ya el año pasado estuvimo a lo mismo, pero se juntamo vario e le pedimo al direttore que no hiciera esta herida a un músico de su categoría. Yegamo hasta a despedirno de la orquestra… e la cosa s'arregló sin que usté supiera. Ma este año empeoró. El direttore no quiso saber nada aunque le yoramo una hora e pico a su propia casa. Por eso, maestro, en esto último tiempo he golpeado de puerta en puerta consiguiéndole instrumentaciones e copias para que se defendiese sin…

STÉFANO.— ¿Ya?… ¿La cabra?…

PASTORE.— Eh, maestro, l'orquestra mata. Yo, que casi soy nuevo, siento que ya no soy el mismo. Ante, cuando iba arriba, temblábano lo vidrio, ahora tengo que dejar lo pulmone para hacerme oir… usté, con tantos años…

STÉFANO (*Tambaleando, se acerca al trombón, va a desenfundarlo, pero no se atreve*).— Sí… sí. Sí… sí. ¿E ahora? ¿E ahora? (*Sufre una crisis*). Oh… oh…

PASTORE.— ¡Maestro!… ¡Maestro!…

STÉFANO.— St…Cayate. Cierra. Cierra esa puerta.

PASTORE (*Cierra la puerta de izquierda, y acude a echarle viento con su sombrero*).— Maestro… usté me despedaza l'ánima… Voy a renunciare al puesto.

STÉFANO.— ¿E ahora?… He visto en un minuto de luche tremenda, tutta la vita mía. Ha pasado. Ha concluido. Ha concluido y no he empezado.

PASTORE.— Ma no... Exagera. ¿Qué importa l'orquestra? E mejor así. Está más tranquilo. Su hijo mayor trabaja ya. Recupere el tiempo perdido. Co lo que usté sabe... Escriba esa ópera que tiene qu'escribir. Todo lo esperamo.

STÉFANO.— ¿L'ópera?... Pastore... tu cariño merece una confesión. Figlio... ya no tengo qué cantar. El canto se ha perdido; se lo han yevao. Lo puse a un pan... e me lo he comido. Me he dado en tanto pedazo que ahora que me busco no m'encuentro... No existo. L'última vez que intenté crear —la primavera pasada— trabajé dos semana sobre un tema que m'enamoraba... Lo tenía acá... (*Corazón*). Fluía tembloroso... (*Lo entona*). Tira rarárará... Tira rarárará... Era Schubert*. L'Inconclusa. Lo ajeno ha aplastado lo mío.

PASTORE.— Maestro...

STÉFANO.— Sí, figlio... no me quedaba más que soplar. (*Llora con la cara en la mesa*).

PASTORE.— No sé... Creo que molesto... Maestro... tengo l'ánima yena de confusione e agradecimiento... Le pido perdón...

STÉFANO.— Perdóname tú.

PASTORE (*Por el rollo de papeles*).— Dejo eso.

STÉFANO.— Gracie, Pastore.

PASTORE.— Nada. Se no ne ayudano entre nosotro... (*Se aparta*).

STÉFANO (*Sonríe*).— Uno se cré un rey... e lo espera la bolsa.

PASTORE.— Molesto... (*Se va*).

(...)

Discépolo, Armando. *Stéfano*. Buenos Aires, CEAL, 1987.
Disponible en: https://goo.gl/4eTmnR.
Acceso: 30 de agosto de 2016.

avelenada. **Envenenada.**
hacer la cabra. **Que no tiene aire en los pulmones y, entonces, produce un sonido tembloroso, es decir, ya no sirve como trombonista.**
trema. **Tiembla.**
Schubert, Franz. **(1797-1828). Crítico y compositor austríaco.**

Voces en actividad } Comprensión

1. Releé la descripción que se hace en las didascalias de la escena y los personajes, y resolvé estas consignas.

a. ¿Cómo se presentan los personajes? ¿A qué sector socioeconómico pertenecen? Justificá la respuesta mediante citas tomadas de las didascalias.

b. Indicá cuáles de estas opciones caracterizan mejor, en tu opinión, la descripción que se hace de los personajes.

☐ crítica ☐ compasiva
☐ amable ☐ grotesca

2. Respondé las siguientes preguntas.

a. ¿Cuál era el sueño de Stéfano? ¿Por qué no lo cumplió? ¿Su familia le dio su apoyo?

b. ¿Qué papel juega el dinero en la relación entre Stéfano y los otros personajes?

c. ¿Qué reproches le hacen los padres y la mujer a Stéfano? ¿Qué reproches se hace a sí mismo?

3. Compará la visión de la vida de don Alfonso con la de Stéfano a partir de esta dos citas.

Don Alfonso: "La vita no e solo pane. Nosotro no lo precesábamo; lo teníamo ayá. La vita no e solo pane; la vita e tambiene pache e contento..."

Stéfano: "Uno nace, empieza a sufrir, se hace grande, entra a la pelea, y lucha y sufre, y sufre y lucha, y lucha y sufre, pero yega un día que uno... se muere"

4. Compará la vida de Stéfano antes de venir a la Argentina y después: ¿resultó mejor o peor?, ¿por qué? Justificá con citas tomadas del texto.

5. Escribí una carta en la que María Rosa le cuente su vida en Buenos Aires a una vieja amiga de Italia.